

Cherán de las luciérnagas

por Estela González

Eso que ves no es páramo; es un refugio de piñas. Pero no las amarillas dulzonas que traen al Oxxo desde quién sabe dónde, sino las nuestras, las que nos regalan los pinos, resguardo de las semillas que bendecimos en la fiesta de la Candelaria. Si las cubres con limo, si invitás a las nubes a bañarlas de frescura, un día explotarán en tiernos penachos que no tendrás que peinar sino sólo bañar. Y cuando las verdes cabelleras alcancen veinte o treinta centímetros, cavarás su morada en ese páramo de donde rescataste las semillas. Cada arbolito beberá de las nubes, crecerá y dará hogar a las ardillas, a los venados, los mapaches y los búhos. Y en las altas columnas residirán los espíritus del bosque.

Para hacer la fogata tienes que sacar chispas. Mecha, chispazo, chiribitas en los ojos. Y para sacarlas necesitas tres C: creatividad, compasión, coraje: Juchari Uinapekua, nuestra fuerza P'urhépecha. Eso les digo a mis niños entre patada y patada.

Coraje. Tinskani me sigue las patadas. Es la más chiquita, pero su pie siempre alcanza. No importa qué tan alto le ponga el palchagui, ella le da. Les aviso: este peto que me pongo me protege, pateen sin preocupación. Aquí, les señalo. Y cuando el talón de Tinskani conecta con mi esternón me estremezco, casi tropiezo: aquí está mi sucesora.

El coraje son manos y pies, les digo; pero la compasión son ojos. Ojos para ver, para descubrir que ése que te confronta no es Otro sino Uno, igual que tú, igual que yo. Compasión para ver tras el odio su miedo estremecido, para reconocer su necesidad. Manos para darle lo que necesite para sentirse persona. No hay coraje sin compasión: con ella reconocerás que la necesidad del Otro es más fuerte que tu comodidad, tu inseguridad, tu deseo de paz. Porque la paz no existe si sólo a ti te pertenece.

Juchari Uinapekua viene de saber que puedes. Que tienes fuerza para defender a los otros, a ti mismo. ¡Entonces a preparar la cinta roja! Por supuesto que tengo apoyo, nunca estoy sola. Seguido llega alguna de las viudas al dojang. Doña Rosa Tomás, por ejemplo, les dice a las niñas: Como decimos en mi barrio, las mujeres somos chingonas.

Y Tinskani contesta: ¡Somos un chingo y seremos más!

La edad de mis alumnos: siete años. Ya son casi siete años sin crímenes en Cherán. Pero son siete años también desde que perdimos a Armando Gerónimo, a Rafael, a Jesús y a Tirso, poco antes del 15 de abril. Y ahora mis niños no maman miedo, sino la fuerza que sus madres hicieron frente a los talamontes. Es lindo verlos crecer tan distintos de cuando fui niña, cuando todo era no vayas sola, no te vayas por lo oscurito, recógete. Ahora, tan libres para andar por la calle y hacerse fuertes en el tae kwon do, en el vivero o en la resinera, para cuidarse y cuidar a nuestro pueblo. Y se ríen, y hablan. Para eso está ahora la estación de radio y televisión que recuperamos, las cámaras con las que juegan. Ahí está la voz de Tinskani con su parodia del noticiero de Televisa: viejas revoltosas toman carretera, roban comida, y no cuidan ni alimentan a sus hijos. Estos son los hechos hasta ahorita, los mantendremos desinformados.

Qué orgullo sentí cuando Tinskani me dijo que de grande quiere integrar la guardia comunitaria, aunque sea niña. Como tú, maestra Lupe. Nada de irse al norte. Quiero buscar a los K'eri desaparecidos, proteger a nuestros pueblos.

Entonces, le digo, dale a las patadas, aprende de los grandes y alumbrá a los pequeños, como dice tu nombre.

Tinskani.

Del dojang nos venimos al bosque. Nos gusta ver cómo van los pinitos, sobre todo los que sembramos la semana pasada. Saludamos a los compañeros de la guardia, Tinskani aprovecha para escalar los esqueletos de las camionetas, las que dejaron aquí los talamontes cuando los perseguimos. Para ella esas ruinas son como juegos en un parque.

Más atrás, salpicadas de rocío, vemos las verdes melenas.

Juchari Uinapekua, gritamos las dos. Es la fuerza que inyectamos en los pinitos al transplantarlos al bosque, al cavar el huequito, al colocar el pimpollo, al cubrirlo con composta y regarlo, al darle la bendición. Eso hicimos la semana pasada. Ahora los cuidamos como a nuestros hermanos.

Tinskani los saluda uno a uno, acaricia sus melenas. En unos años serán adolescentes. Un pino tarda lo mismo que un ser humano en madurar, y hasta más: al menos cien años para recuperar el tamaño de los que perdimos con la masacre de los talamontes. Valieron la pena los palazos que les dimos, le cuento a Tinskani, aunque se ha aprendido la historia de memoria. Arrestar a los ladrones, encender la paranguecha, pasar las noches en vela alrededor de la fogata, torteando, repartiendo tortillas y atole blanco. Valieron la pena las vigias, ¿verdad? Me pregunta Tinskani. Guardar los caminos, expulsar al presidente municipal y establecer nuestro gobierno de Keri's, gestionar nuestro pueblo y nuestro bosque, el de estos niños que entrenan para defender a nuestro Cherán.

Y aquí estamos Tinskani y yo años después de su nacimiento, el mismo año en que nació nuestro K'eri, recuperando el bosque, ella su niñez, su tiempo para jugar y estudiar. Y del trabajo a las fogatas, a gobernar.

La tarde cae más pronto de lo que me esperaba, bajan las nubes y cobijan nuestro paso, las luciérnagas bailan por el aire y nos acompañan con su compasión y coraje. Y su creatividad, dice Tinskani: con las líneas y puntos que trazan en la penumbra nos cuentan algo, no? ¿Qué dicen, maestra Lupe? No sé bien, pero es importante. Mire cómo rodean nuestras cabezas. ¡Parece una reina coronada!

Esa Tinskani.

Son como las chispas de las fogatas, ¿verdad? Y me recuerda esa primera fogata ante la que practiqué, y cómo me gustó darles chingadazos a las pacas de heno. Mientras repartía picos y palas entre los compas en las barricadas volaban las chispas con el viento, igual que estas luciérnagas. Así éramos: cada quien daba poquita luz pero entre todos, con nuestro movimiento trazábamos los contornos de la noche y hallábamos nuestro camino. Aquí hoy las luciérnagas iluminan los pinitos alrededor de los muñones de antiguos árboles y los esqueletos de los camiones que se los llevaron. Descansan, por fin en paz, esas ruinas. Nunca se me va a olvidar cómo doña María y doña Rosa salieron del Calvario y pararon los camiones, bajaron a los señores de las greñas y a patadas y a bofetones los encerraron en la iglesia, que por primera vez era el calvario de los culpables y no de las víctimas.

La noche sigue bajando y es hora de que te vayas a tu casa, niña. La mando con el guardia a quien voy a relevar, con un haces tu tarea y practicas las formas. El próximo mes tienes tu examen.

¡Cinta roja! Grita con emoción, y salta dando patadas. ¡Hasta mañana!

Yo tomo mi arma, me pongo el chaleco y sigo mi camino entre los arbolitos, alumbrada por las luciérnagas. Bailan a mi alrededor, trazan líneas y puntos como si comentaran algo. No sé qué dicen, pero sé que es importante.

Vuelan en líneas hacia arriba como cuando saltan las chispas al atizar la fogata. Igual que aquella primera noche en que le di de chingadazos a las pacas de heno, y pronto tenía un ejército de seguidores. Desde entonces me llaman maestra Lupe.

Alumbran también esas sombras que se mueven nerviosamente tras las ruinas de los camiones. Son varios. Me saludan, pero ¿qué tiene en sus ojos ese hombre? Esa cara, ese gesto tanto tiempo sin verlo, frío de rabia, de o tú o yo, pero no los dos. Y en la mano la sierra, ¡y detrás suyo se acerca un camión cargado de troncos!

Con la compasión que les enseñó a mis alumnos digo, en el mundo hay para todos, no hace falta robar, conversemos, saben que lo que hacen es un robo.

No me hablan, ni siquiera escuchan. Se me acercan con las manos al frente como las garras de un águila, como queriendo medirme el cuello. Cuando la compasión no los alcanza hay que echar mano del coraje, y este amigo no me abandona. Al primero le doy su patadón.

Grito, y es que la voz es tan fuerte como el músculo. Para gritar justicia. Y empieza el baile, doy chingadazos a los cuatro costados.

Pero me rodean, son como diez. Me agarro del pino más cercano, subo por su tronco. Compañero, susurro, ¿me permite? Y él me ofrece sus ramas, aquí no te alcanzarán. Las luciérnagas iluminan mi subida. Uno de los tipos debe de ser vaquero pues echa una sogá como para lazarme, se atora en una rama, trato de atarla pero el tipo jalonea, la desenreda, intenta de nuevo.

Yo sigo trepando, el vaquero insiste con la sogá, los otros le echan porras, uno saca su pistola. Me pasan silbando las balas. Trepo, pero ahora sí: me alcanza la sogá, del cabello me agarra, y tiran con fuerza. Me abrazo del tronco pero son muchos, y jalen, me jalen

Y caigo.

Qué alto, qué soberbio, qué fuerza tiene este sagrado pino. Raudas suben las luciérnagas, nunca imaginé lo rápido que podían volar.

Y las nubes más altas, cada instante más altas.

Más arriba.

Sí, mamá, ya voy.

Ya tiene rato mi madre gritándome que deje de leer, Tinskani, me dice. Apaga.

Desde la cama le contesto no te apures, marco la página.

Y esa rara luz que pasa tan cerca de mí. ¿Son chispas, o se estará fundiendo el foco? Tinskani, dice otra vez mi madre: ya sé que es verano y no hay escuela mañana. Pero no te desveles para que le ayudes a tu hermano en la resinera. Eres niña, pero mientras falte tu padre tu hermano es el hombre de la casa. Y tú tienes que ayudarlo cuando no vas a la escuela. Yo también soy hombre, le digo, aunque esté chiquita. Y tú también, mami, me dijo la maestra Lupe. También eres hombre hasta que mi padre vuelva. Aquí todos somos hombres. Los niños, las mamás. Los señores, hasta los que faltan. Todos somos hombres.

Querrás decir seres humanos, dice mi mamá.

Eso. Eso. Sí, mami. En cuanto termine este capítulo apago.

Ahí está otra vez ese pequeño bólido que sube raudo, lo veo por el rabillo del ojo; cuando le dirijo la mirada de lleno ya ha desaparecido cerca del techo de mi cuarto.

Cierro el libro, apago la luz.

Y las veo. No es una, no son dos luces, son varias. Pasean por el cuarto, ¡son luciérnagas!

La maestra Lupe dice que usan esa luz para avisarse: aquí estoy, mírame, sígueme. Como las chispas de la fogata, dan avisos importantes. Invitan a ser compasivos, a mirar, a crear. Y tú, Tinskani, como tu nombre lo dice, alumbra, pásanos los mensajes.

Me quedo quieta para recibir el mensaje.

Desde el pie de mi cama suben hacia el techo, raudas, con prisa. Luego apagan su lucecita, desaparecen y, segundos después, desde abajo, vuelven a subir.

Con prisa.